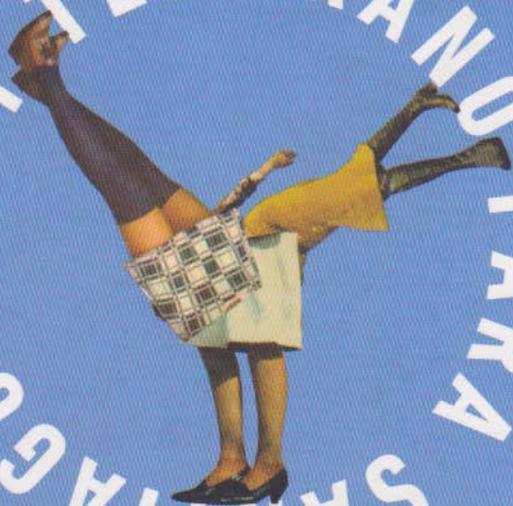


JUAN-AGUSTÍN PALAZUELOS

MUY TEMPRANO PARA  
SANTIAGO



EDITORIAL  CUNETA



Juan-Agustín Palazuelos

**MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO**

EDITORIAL  CUNETA



## PRÓLOGO

### Notas necesarias sobre Juan-Agustín Palazuelos Segunda parte

Por Roberto Gac<sup>1</sup>

Si los críticos que acogieron la primera novela de Juan-Agustín Palazuelos –*Según el orden del tiempo*– en 1962 fueron unánimes al saludar la aparición de un gran escritor, cuando se editó la segunda –*Muy temprano para Santiago*– en 1965, dos de los más importantes de ellos –Hernán del Solar y Juan Tejada– críticos de los también más importantes diarios de Chile, *El Mercurio* y *La Nación*, no tuvieron escrúpulo alguno en ametrallarlo, literalmente, como los *cops* de Chicago ametrallaron sin piedad a Dillinger, el célebre gangster y robin-hood de los años 30. Pero J-A no era un gangster sino un escritor que murió sin comprender lo que realmente le había ocurrido en su recién comenzada carrera literaria. Hernán del Solar,

---

1 Roberto Gac Artigas, nacido en Santiago de Chile, en diciembre de 1941, fue médico psiquiatra en el mineral El Teniente (Braden Copper Co.), antes de poner término a su práctica de la medicina en 1968 en el Columbus Hospital (Manhattan, N.Y.) y dedicarse exclusivamente a la literatura. Hizo sus estudios en el Instituto San José de Temuco (congregación de La Salle), en el Instituto O'Higgins de Rancagua (Hermanos Maristas) y fue doble bachiller en Ciencias y en Letras (1957-1958). Inició luego sus estudios de medicina en la Universidad Católica de Santiago y, paralelamente, sus estudios de filosofía, de antropología y de criminología en la Universidad de Chile. En Francia completó estudios en la Sorbona (Institut de Psychologie, Paris V) y en el Instituto Gurdjieff de París. Su obra, consagrada al desarrollo de un género literario post-novelesco –el intertexto– está escrita en castellano y en francés. Su web es: [www.roberto-gac.com](http://www.roberto-gac.com)

que había elogiado sin reparos al autor de *Según el orden del tiempo* (“novelista destinado a señorear el arte en que se inicia”), le disparó arteralmente sus ráfagas de balas en *El Mercurio* del domingo 27 de febrero de 1966: “El narrador [...] tiene la mentalidad de un adolescente agudo y presuntuoso [...] Lo que le interesa es sentirse por encima de los demás, lograr lucimiento ante sus propios ojos, torcer la seriedad de la vida hacia un gracejo fácilmente burlón [...] No hay sobre (la novela) un autor consciente de su oficio [...] Quiso dormirse sobre los laureles que comenzaban a asomar.” Y por el otro lado, en *La Nación* del 13 de marzo, Juan Tejeda dispara a su vez, aunque con peor puntería: “Siguiendo la moda, Palazuelos vuelve atrás, pasa de una época a otra, uniendo vivencias antiguas con otras más recientes... Uno no sabe a veces donde está, ni en qué época del autor. Todo ello impide coger el hilo de los acontecimientos.” Tejeda no está describiendo la difícilmente inteligible *Conversación en La Catedral* de Vargas Llosa, mellizo cronológico de Palazuelos, sino *Muy temprano para Santiago*, texto en el cual denuncia tanto “la pedantería” como la supuesta “grosería” del narrador y sus reflexiones, “muchas reflexiones, demasiadas reflexiones”, acusando a J-A de “literaturitis”. Cabe preguntarse qué hubiera dicho Tejeda, director del suplemento literario de *La Nación* en esos años, de la pedantería en el *Ulises* de James Joyce o de las reflexiones infinitas de Proust en la *Recherche*.

¿Cuál es la clave para entender este giro completo en la recepción de la obra de Palazuelos? ¿Y cuál es el secreto que esconde su rapidísima muerte al regreso de Iowa City? Creo que la respuesta a esas dos preguntas tiene algo de común y quizás también de universal en lo que concierne la vida, la personalidad y la obra de todo joven escritor. Es cierto que para quien haya apreciado la transparencia y sencillez cristalina de *Según el orden del tiempo*, la lectura

más laboriosa de *Muy temprano para Santiago* pueda decepcionar por su densidad, pero no porque sea inferior desde un punto de vista textual estricto. Al contrario. En cierto modo la prosa es más madura, más desarrollada en la segunda que en la primera de esas obras, pues J-A le consagró su mejor energía y, lógicamente, una maestría superior a la de sus comienzos. Tenía mucho temor a un descalabro, a una avalancha de malas críticas, como en realidad iba a ocurrir. Contrariamente, insisto, a lo que dicen Hernán del Solar, Tejeda y otros críticos malignamente encarnizados contra él, no hubo negligencia de su parte, ni irresponsabilidad, ni “adormecimiento sobre los laureles”. A mi entender las razones que explican las ráfagas de insultos que recibió, se encuentran en el exterior de su obra, son paratextuales y guardan una relación mucho más estrecha con su entorno social que con su escritura. Es la tesis que avanzo en *El Bautismo*, del cual extraigo este fragmento:

“Juan-Agustín Palazuelos fue víctima de un orden social fundado —como la novela contemporánea— en el engaño, el fraude, la fabulación. Educado según los férreos cánones del soldado de Jesús, Ignacio de Loyola, adiestrado en la disciplina de las armas de acuerdo a los métodos prusianos de Otto von Bismarck (cuyos oficiales reorganizaron la Escuela Militar chilena a fines del siglo XIX), enviado a la Escuela de Leyes para completar su formación política en el seno de la gran burguesía santiaguina, Palazuelos —siguiendo el derrotero de sus abuelos— hubiera debido transformarse en un estadista de primera línea, como llegaron a serlo varios de sus compañeros. Pero la contradictoria debilidad de su clase social —propietaria del poder y a la vez endurecida en la arrogancia, el egoísmo y la mezquindad— iba a traicionarlo. Su familia, arruinada cuando aún él era niño, la trayectoria que le había preparado su padre perdería su fuerza principal —el dinero— condenando a

Juan-Agustín a los refinados vejámenes de sus compañeros más afortunados, primero en el colegio jesuita, luego en la escuela militar, enseguida en la universidad. Reducido entonces a una situación secundaria, marginado hacia una figuración accesoría, inferior, el adolescente descubriría en el arte, en el aprendizaje de las letras, en el ejercicio de la escritura, los senderos del exilio interior, de la acción indirecta sobre la sociedad.

La búsqueda de una verdadera conciencia, el deseo de desquite frente a una injusticia que creyó en un comienzo particular a su caso, pero que terminaría por reconocer como generalizada a la sociedad circundante, haría de él un sutil pero feroz crítico de la realidad burguesa. En posesión de una alta inteligencia, maestro de la ironía, Palazuelos había descrito en su primer libro los mecanismos de la miseria intelectual y moral de la casta que lo rodeaba. La respuesta no iba a tardar: la burguesía santiaguina lo elevó tramposamente a las alturas de una celebridad prematura para mejor dejarlo caer, y tras romper la espina dorsal de su dignidad, lo mandó a los Estados Unidos de modo que —en el caso de que el joven escritor no aceptara plegar su conciencia— la Ford Foundation (organizada, en honor de Henry Ford, nazi americano, devoto financiero, recordémoslo, de Adolfo Hitler), lo devolviera a Chile como lo devolvió: listo para la tumba, a la cual entraría cinco días después de su regreso a nuestro país.”

Mi interpretación de los hechos puede parecer exagerada, caricatural, ideológica. Puede haber otras, sin duda dignas de interés. Yo doy la mía, no menos válida. Y también es personal mi interpretación del mecanismo de la muerte de Juan-Agustín, cuya agonía fue brevísima y sorprendente, como lo eran sus antinovelas. J-A, al igual que muchos escritores (yo entre ellos), tomaba alcohol

a veces en exceso, pero siempre entre amigos y festivamente (“dionisiácamente”, prefiero decir.) Sin embargo no era un alcohólico comparable, por ejemplo, a los que me tocó atender cuando yo era psiquiatra en el mineral El Teniente (uno de mis pacientes, heroico electricista, bebía dos litros de aguardiente al día para que no le temblaran las manos mientras ajustaba los cables en las torres de alta tensión) y tampoco comparable a Malcolm Lowry, el autor de *Bajo el volcán*, espectacular “Divina Comedia Ebria”. Y también (a lo mejor como tú, amable lector o lectora), J-A fumaba marihuana cuando era de una calidad similar a la que se cultiva ahora legalmente en Uruguay. Pero jamás utilizó una droga dura, aparte de los psicodélicos experimentales que yo le di cuando nos servía de cobayo (junto a Raúl Ruiz, Mauricio Wacquez, Horacio Leng y otros temerarios artistas de nuestra generación) en el Instituto de Antropología Médica de la Universidad de Chile. No fue, entonces, por alcoholismo o toxicomanía que murió, aunque probablemente el coma diabético que lo hundió en la muerte haya sido favorecido por el cambio alimenticio entre Iowa City y el caserío de Guayacán. No es lo mismo tomar bourbon y vino tinto. Y tampoco es lo mismo tragar pizzas o hamburguesas industriales y comer un asado de cordero al palo, como aquél que nos comimos en la fiesta del bautismo de mi ahijado, su hijo varón, en el Cajón del Maipo.

La muerte, según la describe poética y maravillosamente Herman Broch en *La muerte de Virgilio*, es un fenómeno natural como el paso de la vigilia al sueño, pero también puede ser un acto fisiológico en cierta medida voluntario y consciente, sin violencia alguna, determinado únicamente por nuestro cerebro. Según mi intuición de ex médico, fue lo que le ocurrió a Juan-Agustín cuando comprobó, al volver a Chile, que todos los caminos de

su vida estaban cerrados. No tenía un céntimo, ni trabajo, ni editor. Peor aún, confirmó que su invalidez como escritor, incapaz de escribir nada serio después de las críticas asesinas que recibió *Muy temprano para Santiago*, era definitiva. Por cierto, en esas condiciones no podía ser más que un peligro y no un apoyo para su familia, condenada a seguirlo en su caída. Su propia glándula hipófisis (“el nido del alma”, la llamaba Descartes) escondida en la base de su encéfalo, iba a provocarle una acelerada, irreversible hiperglucemia, origen de un coma que en algunos casos es el primer y último episodio de la diabetes. J-A murió en un baño interior de azúcar, transportado dulcemente por sueños que nos son desconocidos, pero que podemos imaginar luminosos e inteligentes, quizás un poco fanfarrones, aunque, de esto estoy seguro, alegres y generosos.

Detrás de él, Juan-Agustín Palazuelos dejó, a falta de propiedades y dinero, una herencia intelectual que yo recibí como un privilegio acordado a nuestra amistad. El me mostró la grandeza de la literatura, disciplina que consideraba de valor idéntico a la filosofía y a las ciencias más elevadas, pero que, a diferencia de éstas, no es sólo una actividad intelectual, sino una práctica profundamente enraizada en la vida y en la cual los sentimientos juegan un papel tanto o más importante que las ideas. Ser escritor implica una manera de vivir, pero también una manera de morir. Ser escritor es una manera de ser y, para un escritor auténtico como Juan-Agustín, lo único que justifica la existencia.

**Roberto Gac**

París, 2014